

Discurso leído el 3/12/1999 en el Aula Magna

## **20 Años Promoción 1979**

Señor Rector, señor presidente de la Asociación de Ex-alumnos, profesores, compañeros. Buenas noches.

En primer lugar, quiero decir que me he hecho cargo de estas palabras en nombre del Turno Tarde por obra del azar más absoluto. No hay ninguna razón para que sea yo y no otra persona. Por eso les agradezco la oportunidad de expresarme e intentaré transmitir algunas reflexiones acerca de este reencuentro.

Todos conocemos los episodios trágicos de aquellos años y es verdad que forman parte de la historia de nuestra promoción. Los hemos revivido y recordado en las palabras de nuestras compañeras.

El Colegio Nacional de Buenos Aires fue la caja de resonancia de una realidad compleja y dramática, aún hoy difícil de enfrentar... : Que palabras se pueden decir ante la muerte que no parezcan inútiles?

Sin embargo y a pesar de todo, la vida tiene siempre un lado luminoso y este reencuentro está del lado de la vida.

Me pregunté: ¿porqué nos reunimos? ¿Existe algo más allá de lo conmemorativo y de la tradición? Pensando respuestas, entre recuerdos y nostalgias, encontré algunas razones válidas.

Lunes a lunes, en la sede de ex-alumnos, como una suerte de detectives, fuimos rastreando las listas para completar el mosaico de la promoción, mosaico que -descubrimos- tenía piezas inhallables, otras dispersas por el mundo, otras ya, tan temprano, rotas para siempre.

En cada llamado, en cada reencuentro, el pasado se nos presentaba en versión 1999, bruscamente, sin prólogo y sin anestesia. Entonces recordé una anécdota que alguien escribió y disculpen los profesores de Historia si se desliza algún error.

Dice así:

“Bolívar soñó que se encontraba con un anciano en la cima de la montaña y al pasar delante de él, el anciano no lo saludó. Entonces el prócer le dijo: -¿Cómo es que no me saludas? ¿No sabes que soy Bolívar? Y el anciano le respondió: Pues tú serás Bolívar, pero yo soy el Tiempo. Tú te crees general, para mí eres sólo un instante.”

Somos tiempo, pensé, y nos reunimos para enfrentarlo juntos. Y si bien es difícil enfrentar el paso del tiempo, algo de esta dificultad se suaviza y se resuelve en las vivencias compartidas, en las redes de la amistad y del afecto. Redes que nos sostienen, nos definen y además nos permiten saber quiénes somos.

De las vivencias compartidas recuerdo un brusco cambio de luces, como si hubiera hecho el secundario en dos Colegios distintos... En el primero, deambulábamos por veredas pobladas de jeans, barbas y carteras en bandolera. La gente entraba y salía libremente, el claustro central estaba lleno de carteles y de tanto en tanto una asamblea interrumpía el dictado de las clases. Los sábados, en el microcine, el rector Aragón se reunía con delegados de todas las divisiones. Cuando sobrevino el cambio de luces, las veredas se poblaron de uniformes grises, para entrar al Colegio necesitábamos un parte firmado y a veces, la sombra de un revólver en la cintura de un celador pasaba ante nuestros ojos.

Junto a estas vivencias se superponen flashes bulliciosos del comedor, el olor a frito, el aire denso de la pileta en los días de olimpiadas, el sol camino al campo de deportes y un puente girando que siempre nos ganaba la carrera.

El plantel de profesores del Colegio fue nuestro privilegio más claro, la oportunidad de descubrir mundos y vocaciones de la mano de personas que amaban su materia.

En el turno tarde, en aquel entonces, el privilegio eran las clases de Panchito Azamor, la historia del arte desde los griegos a las “gordis” de Rubens, en clave de humor; era la bonhomía de Turrens y estudiar las Actas originales de la Asamblea del Año XIII; eran los seminarios de Mülmann en el Jardín Botánico, los laboratorios y los microscopios que nosotros teníamos y que escaseaban en la Facultad de Medicina, y hasta la profesora de Geografía de las medias rayadas, quien al ver a alguien de pie en el aula exclamaba:—¿Está haciendo miniturismo, Watmann...?

La lista sería muy larga y que cada uno la complete en el recuerdo y en el corazón.

En cuanto a la amistad, sostengo la hipótesis de la perdurabilidad de los sentimientos, y me voy a permitir una metáfora doméstica y

contemporánea: los sentimientos sinceros pueden *freezarse* a veces, pero cuando los ponemos en el microondas del reencuentro, descubrimos que están allí, inalterables como el mejor alimento.

Hoy, a veinte años de distancia en el recuerdo y en el balance, el Nacional Buenos Aires es solamente una estación más en el tren de la vida de todos nosotros: profesionales, artistas, padres y madres, hombres y mujeres con estados civiles varios...

Cómo vivir esta parada, en esta estación simbólica, es una experiencia diferente en el ánimo de cada uno, con distintos colores y matices –y quiero subrayar esto:– todos válidos, todos respetables.

Por eso, y para cerrar estas palabras desde mi ánimo emocionado del día de hoy, voy a pedir tres deseos: el primero es que disfrutemos de la reunión y del reencuentro; el segundo, que podamos devolver desde el lugar de cada uno algo de lo que recibimos, procurando una sociedad más solidaria en la que los buenos colegios sean la NORMA y no la excepción a la regla.

Y por último, que sostengamos como adultos una sociedad justa, democrática, honesta y tolerante. Para que el dolor no presida los discursos de las promociones que nos sigan, en este colegio que hoy nos reúne, el Colegio Nacional de Buenos Aires.

A todos, buenas noches nuevamente, y muchas gracias.

*María José Eyras*

3 de diciembre de 1999